

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre Ponce partió de la Puebla y llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y de lo que le sucedió en la Veracruz con los frailes”

p. 401-405

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

lo cual, como atrás queda dicho, es tenido en mucha veneración, así de los frailes y seglares españoles, como de los indios, de los cuales hay puestas guardas que de día y de noche guardan aquellas ermitas y cuevas, metidos en otras covachuelas y chozas, padeciendo mucho frío en aquel cerro, con una devoción extraña.

Miércoles de mañana, diez y siete de mayo, salió el padre Ponce de Amecameca, y pasado el puerto, y andadas aquellas cinco leguas, llegó muy cansado a las once del día a los Ranchos altos; allí comió, y prosiguiendo su viaje, andada otra legua larga, fue a dormir al convento de Calpa.

Jueves diez y ocho, dejando allí al guardián de Nativitas para que se volviese a su casa, partió de Calpa, algo de madrugada, y pasando de largo por Cholula, y andadas finalmente cinco leguas, llegó a decir misa al convento de Santa Bárbara de los descalzos de la Puebla de los Ángeles, con los cuales se detuvo todo aquel día; y luego el viernes de mañana fue a San Francisco, donde vio a los frailes y tomó celda, y habiendo dicho misa salió a negociar a la ciudad; después comió con los descalzos y volvió a dormir a San Francisco, donde se detuvo hasta el primer día de pascua, que después de misa fue a comer y comió con el obispo de Tlaxcalla, de quien había sido convidado; después de comer fue a los descalzos, con los cuales se detuvo hasta el miércoles siguiente, en el cual luego por la mañana fue a San Francisco y se despidió de los frailes; después se despidió del obispo y de los prelados de las órdenes, y se volvió a los descalzos para desde allí madrugar, luego otro día, camino del puerto.

[CAPÍTULO CLXXII]

*De cómo el padre Ponce partió de la Puebla y llegó al puerto
de San Juan de Ulúa, y de lo que le sucedió en la
Veracruz con los frailes*

Despedido el padre fray Alonso Ponce del obispo de Tlaxcalla y de los frailes observantes de San Francisco, de los descalzos de Santa Bárbara y de los prelados de las demás religiones, y aun del que era alcaide de la fortaleza de San Juan de Ulúa cuando el virrey le enviaba a España, que a la sazón estaba por alcalde mayor de aquella ciudad, a quien fue a visitar con no poca edificación del pueblo, salió con sus dos compañeros de la

Puebla de los Ángeles, jueves de mañana, veinticinco de mayo, y andadas tres leguas llegó al pueblo y convento de Amozoc, donde fue bien recibido y hospedado; dijo misa, y habiéndole dado de comer temprano, salió de allí con mucho sol por huir del aguacero de la tarde que se temía, y andadas otras tres leguas, llegó entre doce y una a la cibdad y convento de Tepeaca, donde asimesmo fue bien recibido y se detuvo hasta otro día por la mañana, que partió de allí, y andadas otras tres leguas llegó a decir misa a Tecamachalco, donde se le hizo mucha fiesta y regalo, como en los demás conventos, porque todos los frailes en general le eran particularmente aficionados, y como ya tenían libertad y no estaban debajo de la tiranía de fray Pedro de San Sebastián, mostraban sin temor ninguno esta afición y voluntad; y era mucho de notar lo mucho que sentían que se les fuese y dejase aquellas provincias, en tiempo que ya las conocía todas y a los religiosos dellas, y sabía por vista de ojos y larga experiencia lo que en cada una era menester, así en común como en particular, y aun decían que esta mudanza de prelado, a tal sazón, no era conveniente a las provincias.

Llegado pues el padre Ponce a Tecamachalco, le certificaron que la flota estaba ya aprestada y que no aguadaba más de que llegase la plata del rey, la cual era partida de México, porque llegada ésta luego se había de hacer a la vela; y así por esta causa, luego en comiendo salió de aquel convento, y andadas dos leguas llegó al de Quechúlac, en el cual se detuvo menos de dos horas; de allí salió acompañado del guardián, y pasado un pueblo llamado Santiago, llegó ya noche, andadas dos leguas, a otro llamado San Francisco, ambos visitas de Quechúlac. Llevó aquellas dos leguas por guía un indio populoca, el cual le guió por un atajo de tan mal camino, que fue milagro no despeñarle a él y a sus compañeros, porque era una sierra muy alta, empinada y pedregosa, por donde aun los indios a pie pasan con trabajo y dificultad; daba el viento en el rostro, y era tan recio y deshecho que no dejaba andar las cabalgaduras, antes las hacía volver atrás y cada momento las sacaba del camino, el cual apenas se parecía. Al padre Ponce, que ya estaba hecho a ver y pasar semejantes caminos y pasos, no se le hizo aquél muy peligroso, pero el pobre guardián, que pocas veces o ninguna se había visto en tales trances, iba lleno de miedo y medio turbado, y al fin se hubo de apearse, pareciéndole que así iba más seguro, pero quiso Dios que se descubrió otra senda más usada y menos mala, y por ella acabamos de subir la cuesta; después, bajado un gran trecho, y pasadas algunas barranquillas llegamos al pueblo sobredicho, donde, aunque tarde, acudieron los indios a darnos colación y reposamos aquella noche.

Sábado veintisiete de mayo, dejando allí al guardián de Quechúlac, salió el padre Ponce al amanecer de aquel pueblo, y andadas dos leguas llegó a San Jerónimo Alxuxuca; pasó de largo, y andadas siete leguas, llegó cansadísimo y muy fatigado, antes que el sol se pusiese, a Quauhtotolapan, donde había dormido jueves dos de marzo, yendo de Xalapa a Tecamachalco; halló allí muy ruin recado porque los indios eran pocos y no estaban avisados. Durmió en aquel pueblo aquella noche con menos frío que la otra cuando pasó, y así la pasó menos mal que a la ida.

Domingo veintiocho de mayo tomó la madrugada, y pasado el mismo puerto que a la ida, aunque sin agua y sin frío, y andadas cuatro leguas largas, llegó a decir misa temprano al pueblo de Yxucán. Saliéronle a recibir los indios principales y otros sin cuento, casi una legua, y estaba en el pueblo toda la demás gente, indios y indias, vestidos de pascua y puestos en procesión aguardando a que llegase, con mucha música, llenos de una alegría, devoción y contento extraño. Ofreciéronle muchos ramilletes, y después de misa muchas peras; diéronle de comer y detúvose con ellos hasta la tarde, que salió de allí en procesión de su viaje, y andadas cuatro leguas por el mismo camino que a la ida, aunque con tiempo enjuto, llegó temprano al pueblo de Xicochimalco, donde fue solemnemente recibido de los indios, que es gente muy devota. Ofreciéronle ramilletes y hicieronle mucha caridad y regalo; detúvose allí aquella noche.

Lunes veintinueve de mayo salió muy de madrugada de aquel pueblo, y pasando al amanecer por Coatepec, y andadas cuatro leguas, llegó a decir misa al convento de Xalapa. Vio allí y habló a uno de los seis frailes que enviaba el padre comisario a España (que los otros ya habían pasado a la Veracruz), abrazándole y tratándole con mucha llaneza y familiaridad; y después de haber comido y descansado un rato, volvió a proseguir su camino por no perder punto, y andadas tres leguas llegó a la venta del Lencero, donde se le hizo mucha caridad y descansó aquella noche.

Martes treinta de mayo salió de aquella venta, algo de madrugada, y andadas cuatro leguas llegó, un poco alto el sol, a la del Río, en la cual asimesmo se le hizo mucha caridad, y se detuvo hasta las tres de la tarde, siendo tan perseguido y atormentado de mosquitos, que era lástima ver cual le pararon las manos, rostro y piernas a él y al uno de sus compañeros; el otro libróse de esta persecución, porque venía por otro camino, y los fue a alcanzar a la isla, pero no le faltó por allá otra tal. A las tres de la tarde salió el padre Ponce de aquella venta, y andadas tres leguas llegó al ponerse el sol a la de la Rinconada, donde se le hizo la misma caridad que en las otras y descansó parte de aquella noche.

Miércoles treinta y uno de mayo salió de allí tan de madrugada y anduvo tan presto aquellas cinco leguas, que fue menester aguardar en el campo un buen rato a que amaneciese, por no entrar de noche en la cibdad de la Veracruz, a la cual habían ya llegado los otros cinco frailes y estaban aposentados en nuestro convento, con otros cinco moradores y dos huéspedes, no habiendo en él más de seis celdas, y aunque considerado esto y los negocios pasados pudiera el padre Ponce, sin que nadie se lo tuviera a mal, pasarse luego adelante a la isla de San Juan de Ulúa o irse a posar al convento de la Compañía, donde fuera bien recibido, con todo esto por ver y hablar aquellos cinco religiosos que tan contrarios le habían sido, y dar en esto buen ejemplo al pueblo y a ellos muestra y señal de que no les tenía mala voluntad, como ellos falsamente decían y publicaban, se fue con sólo su secretario al convento, donde estaban ya tres dellos, que pudo ver, abrazó y habló con mucha familiaridad, como si no hubiera pasado nada; sólo uno dellos, que fue fray Antonio de Salazar, quiso huírsele, porque con hablarle primero el padre Ponce, se le iba con sólo quitársele la media capilla, pero no le aprovechó nada porque el padre Ponce se fue para él, y diciéndole que no se había de ir de aquella manera, le abrazó y habló; aunque el Salazar al abrazo puso el un brazo en medio, dando a entender que no se fiaba dél o que no quería su amistad. Pasó esto en el patio de aquel convento, en presencia de un español honrado, vecino de aquella cibdad, el cual lo contó luego en el pueblo y de presto cundió por todo él, y entre la gente principal se platicaba la bondad y humildad que el padre Ponce había tenido, y cuán mal lo había hecho aquel religioso, edificados de lo uno y escandalizados de lo otro. Dijo pues misa el padre Ponce, y habiendo tomado celda con intento de estar allí la fiesta del Corpus, que era el día siguiente, y luego irse al puerto a concertar navío en qué venir, que aún no le había concertado, advirtió algunos malos términos de algunos de aquellos religiosos, que estaban allí como encastillados y que le mostraban mal rostro, y que parecía estar afligidos y descontentos de verle tan cerca; y así, por quitar toda ocasión de escándalo, y para que ellos quedasen más a su gusto, como señores que estaban apoderados de aquel convento, salióse dél, habiéndose despedido del guardián, y fuese a comer a casa de un hombre principal del pueblo. Después aquella misma tarde pasó el río por el vado, y andadas aquellas cinco leguas, llegó muy noche al puerto; aposentáronle en la venta de Buitrón, en la cual se le hizo mucho regalo. Otro día jueves, que fue la fiesta del santísimo sacramento, dijo misa en una capilla que allí tienen hecha para ello; oyóla mucha gente de la flota, que allí y en las demás ventas y ranchos estaba aposentada, y después de haber comido pasó a la tarde en una chalupa a la isla. Recibióle muy bien el alcaide y aposen-

tóle en el hospital, donde ya había posado otras dos veces; hízosele mucha caridad todo el tiempo que allí estuvo, que fue hasta la partida de la flota en la cual salió para España, como adelante se dirá.

[CAPÍTULO CLXXIII]

Del hospedaje que el alcaide de la isla hizo por orden del virrey a los seis frailes que enviaban a España; dicese algo del virrey y de lo mucho que el padre Ponce anduvo en la Nueva España

Pocos días después que el padre fray Alonso Ponce llegó a la isla de San Juan de Ulúa, como dicho es, llegaron también a la banda de Buitrón los seis religiosos que enviaba a España el padre comisario general, y sabida su llegada por el alcaide y por el vicario de la isla, pasaron luego allá, y los recibieron con mucho aplauso y les dieron muy bien de comer; luego los pasaron el matalotaje y hato, que no era poco ni de despreciar, andando el mismo alcaide solicitando quien lo pasase. Pasó después [a] los frailes y hospedólos no lejos del hospital, en una casa grande que él había hecho para sí, sobre la misma mar, y en ella les tenía seis camas muy ricamente aderezadas, con paños y cortinas de seda, y hasta que se embarcaron les dio muy espléndidamente de comer; todo por orden y mandado del virrey, que, según se dijo, le había escrito que los hospedase y tratase como a su misma persona. Cosa bien notada y no poco murmurada de toda la gente de la isla y flota, viendo que a frailes que se habían rebelado contra su prelado, y hecho tantos y tales desconciertos, que por ellos los enviaban desterrados y en son de presos a España, hiciesen semejante honra, y que el mismo prelado estuviese allí a la puerta en el hospital, y que, como a pobre que era, le diese el mismo hospital cama y de comer; pero desta suerte van las cosas del mundo, y iban en aquel tiempo en aquella tierra, tan distante y apartada de su rey, donde forzosamente han de sobrar agravios. Allí a donde posaban los fue una vez a ver el padre Ponce, y encontrando en el camino con dos dellos, que eran fray Antonio de Salazar y fray Pedro de San Sebastián, los saludó y habló, y ellos a él en presencia de muchos seculares. Otra vez los iba a ver a todos, y llegando cerca de su casa le salió al encuentro el alcaide, y metiendo pláticas le atajó el camino y estorbó la visita, dándole a entender que ellos no gustaban de que los visitase, y así no entró dentro. Los mismos fray Pedro de San Sebastián y Salazar, estando absente el padre Ponce, fueron